

EL RÍO Y EL MAR

CORRESPONDENCIA

JOSÉ MARÍA / EMILIO ADOLFO
ARGUEDAS / WESTPHALEN

(1939-1969)

Compilación, transcripción y notas de
INÉS WESTPHALEN ORTIZ



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - CHILE - COLOMBIA - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

ÍNDICE

Prólogo	7
Sobre esta edición.....	37
Nota de la compiladora	39
Correspondencia.....	45
Textos complementarios	
EAW: El Niño y el Río	251
EAW: José María Arguedas 1911-1969.....	259
EAW: La poesía y los críticos	265
JMA: París y la Patria.....	277
JMA: “El árbol”, pp. 176, 177 de El zorro de arriba y el zorro de abajo	287

PRÓLOGO

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS Y EMILIO ADOLFO WESTPHALEN: UNA AMISTAD FUNDACIONAL

Ina SALAZAR*

Cuando se mencionan estos dos grandes nombres de las letras y la cultura del Perú del siglo XX, poco o nada parece emparentarlos: la fama de José María Arguedas es la del narrador indigenista —o más bien neindigenista— y la del etnólogo, folklorista, que a través de sus cuentos y novelas (*Agua, Yawar Fiesta, Los ríos profundos, Todas las sangres*), de su labor cultural y docente, obró como pocos por el reconocimiento y la valoración del mundo andino en el contexto de una nación desarticulada. Las diversas vertientes de su quehacer están animadas por un solo propósito que no varía a lo largo de su vida: recrear de manera fiel el mundo quechua, asumir hasta el final lo que él definió como el compromiso con la “gran nación cercada”: ser “vínculo vivo, fuerte” entre ésta y la “parte generosa, humana de los opresores.”¹

* Ina Salazar (Lima 1959) Poeta, Catedrática de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Caen, vive y trabaja en Francia desde 1978.

¹ “No soy un aculturado...”, Palabras de José María Arguedas en el acto de entrega del premio Inca Garcilaso de la Vega, Lima, Octubre de 1968, aparecido como prólogo de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, José María Arguedas, *Obras completas*, Tomo V, Ed. Horizonte, Lima, 1983, p. 13.

Emilio Adolfo Westphalen parecería situarse en la vanguardia. Es un poeta cuya obra está estrechamente vinculada con los movimientos de vanguardia y, más precisamente, con el surrealismo. Es autor de dos libros deslumbrantes y de difícil acceso, *Las ínsulas extrañas* (1933) y *Abolición de la muerte* (1935), que afirman el vigor y la singularidad de una palabra poética, de un arte definitivamente innovadores dentro del contexto occidental moderno. Tiene una trayectoria como autor y como actor cultural —fue también ensayista y sobre todo dirigió dos de las revistas culturales más rigurosas de América Latina en el siglo xx: *Las Moradas* (1947-1949) y *Amaru* (1962 a 1971), caracterizadas por una apertura cosmopolita y una modernidad excepcional.

A partir de este sintético esbozo de sus rasgos más reconocibles nada parece acercarlos. Pero las apariencias engañan, pues lo que fueron no habría podido existir sin la amistad, la complicidad, el diálogo constante que hubo entre ellos. En esta edición se presenta la correspondencia que mantuvieron a lo largo de tres décadas como elocuente testimonio de ese fructífero intercambio en el marco de la compleja realidad sociocultural del país. La amistad nació del encuentro de los dos jóvenes estudiantes en los patios de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1932: Emilio Adolfo terminaba sus estudios de Letras, José María los iniciaba, pues había ingresado a San Marcos el año anterior. Procedían de dos medios alejados e incluso opuestos, el joven Westphalen, de familia alemana por parte de su padre e italiana del lado de su madre, había crecido en Lima en un hogar de clase media y estudiado en el colegio alemán, donde coincidió con Estuardo Núñez y con Rafael de la Fuente Benavides, quien se convertiría en el gran Martín Adán. Más que en la casa, fue

en el colegio (con profesores como el gramático Emilio Huidobro o, en literatura, Alberto Ureta y Luis Alberto Sánchez), donde nació y se cultivó su amor por los libros, la literatura y sobre todo por la poesía. El camino que llevó a José María Arguedas a las Letras y a San Marcos fue radicalmente diferente: una infancia en la sierra, durante la cual vive en carne propia la dualidad de la sociedad peruana, como “misti” (hijo de un juez y abogado blanco de ojos azules) pero relegado por su madrastra, rica dueña de haciendas, a vivir y dormir con la servidumbre india que lo acoge y le brinda amor y protección. Luego, de muchacho, los viajes de pueblo en pueblo con su padre por el trabajo que este ejerce y una escolaridad a merced de una vida errante no exenta, sin embargo, de experiencias enriquecedoras: en ella crece y se afianza el íntimo lazo con el paisaje andino y se ahonda su conocimiento de los hombres, como testigo de la explotación y la enajenación de los indios colonos de las haciendas en contraste con la vida simple y plena de los comuneros. De estos aprende el inestimable valor de la tierra y de la música. Son los cantos quechuas y las narraciones orales escuchados, gozados durante la infancia lo que conduce a José María Arguedas a las letras y a la literatura (“contagiado para siempre de los cantos y mitos, llevado por la fortuna hasta la Universidad de San Marcos, hablando por vida el quechua...”).²

La literatura y la poesía, a las que llegan por caminos tan distintos, hacen posible el encuentro de los dos hombres en ese 1932. Desde entonces hasta el 2 de diciembre de 1969, fecha de la muerte de Arguedas, los lazos de amistad, de complicidad intelectual, de entendimiento artístico fueron

² *Ibid.*

poderosos. Nunca dejaron de serlo, como lo atestigua la correspondencia y algunos signos públicamente plasmados por uno y otro en sus obras: Westphalen escribe para José María el breve libro de poemas *El niño y el río*, en 1983,³ con la significativa dedicatoria: “A José María Arguedas, homenaje pobre al poeta y amigo”. Arguedas le dedica a Emilio Adolfo su última novela, inconclusa, *El zorro de Arriba y el zorro de abajo*, con estas palabras: “A Emilio Adolfo Westphalen y al violinista Máximo Damián Huamani de San Diego de Ishua, les dedico, temeroso, este lisiado y desigual relato”. Curiosamente, como se ve en estas dedicatorias, los dos hombres se encuentran en un mismo sentimiento de insuficiencia, “homenaje pobre”, “relato lisiado” que trasluce, en primer lugar, el valor otorgado a la amistad; pero estas palabras reflejan también y sobre todo el altísimo lugar en que ambos colocaban la literatura y el arte en general. Nunca olvidaron que “el lugar que corresponde al arte dentro de la sociedad no es distracción de la vida, sino vida más plena, no embeleco para ocultar al hombre, sino nuevo instrumento para que el hombre llegue a serlo”,⁴ como lo dijo y repitió Westphalen y lo practicaron ambos, si pensamos en la manera —dolorosa, trágica— con que Arguedas vivió “la literatura como contribución y responsabilidad”.⁵ Compartieron plenamente esa convicción y ese sentimiento de insuficiencia, lejos de la autosatisfacción y de la vanidad, lo que en cada uno se expre-

³ Que forma parte del conjunto titulado *Nueva serie*, publicado por primera vez en Lisboa, en 1984 y luego integrado en el libro *Amago de poema - de lampo - de nada*.

⁴ En “Poesía quechua y pintura abstracta”, *Poesía completa y ensayos escogidos*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2004, p. 111.

⁵ En el “Encuentro de narradores peruanos”, 14-17 de junio de 1965, Arequipa; citado por Alberto Escobar en *El imaginario Nacional, Moro-Westphalen-Arguedas, una formación literaria*, IEP, Lima, 1989, p. 100.